1

EL NIÑO QUE QUEDÓ ATRÁS

El niño no comprende.

Lourdes sí comprende, como sólo una madre puede comprender, el terror que está por causar. Sabe el dolor que sentirá Enrique y luego el vacío.

No le habla. No lo puede mirar siquiera. Enrique no tiene la menor sospecha de lo que ella está por hacer.

¿Qué será de él? El niño la ama profundamente como sólo un hijo puede amar. No deja que otros lo bañen o le den de comer. Con Lourdes, es abiertamente cariñoso. "Dame pico, mami", le pide una y otra vez, frunciendo los labios para que ella lo bese. Con Lourdes, es parlanchín. "Mire, mami", dice en voz baja, preguntándole sobre todo lo que ve. Sin ella, la timidez lo abruma.

Ella sale despacio al portal. Enrique se aferra a sus piernas.

A su lado, se ve muy pequeño. Lourdes lo quiere tanto que no acierta a decir nada. No se atreve a llevar su fotografía por temor a flaquear. Tampoco se atreve a abrazarlo. El niño tiene cinco años.

Viven en las afueras de Tegucigalpa, la capital de Honduras. Lourdes tiene veinticuatro años y se gana la vida vendiendo tortillas, ropa usada y plátanos de puerta en puerta. O encuentra un lugar donde ubicarse en la acera polvorienta cerca del Pizza Hut del centro para vender chicle, galletitas y cigarrillos que lleva en una caja. Para Enrique, la acera es su patio de juegos.

Ni hablar de un buen empleo. Lourdes apenas puede alimentar a Enrique y su hermana Belky, de siete años de edad. Nunca ha podido comprarles un juguete o un pastel de cumpleaños. Su marido se ha ido. No tiene dinero para uniformes ni para lápices. Lo más seguro es que ni Enrique ni Belky terminen la escuela primaria. El futuro de sus hijos es sombrío.

Lourdes sabe de un solo lugar que ofrece esperanza. Cuando tenía siete años y llevaba las tortillas que amasaba su madre a las casas de los ricos, tuvo vistazos fugaces de ese mundo en televisores ajenos. Vio los imponentes edificios de Nueva York, las luces fulgurantes de Las Vegas, el castillo mágico de Disneylandia. Había una distancia abismal entre el brillo de esas imágenes y la casa de su infancia: una choza de dos habitaciones hecha con tablones de madera y techo de hojalata. El baño era un matorral afuera.

Lourdes ha decidido partir. Se marchará a los Estados Unidos y ganará dinero para mandar a casa. Será una ausencia de

un año, aun menos si tiene suerte, y luego regresará a Honduras o enviará por sus hijos para que estén con ella. Es por ellos que se va, se dice a sí misma, pero igual se siente abrumada por la culpa.

Lourdes deberá separar a sus hijos. Nadie de su familia puede tomar a los dos juntos. Belky se quedará con la madre y las hermanas de Lourdes. Enrique se quedará con su padre, Luis, que lleva tres años separado de Lourdes.

De rodillas, Lourdes besa a Belky y la estrecha contra su pecho. Pero a Enrique no puede mirarlo. Él sólo recordará que ella le dijo: "No olvides ir a la iglesia esta tarde".

Es el 29 de enero de 1989. Su mamá baja del portal.

Se aleja andando.

"¿Dónde está mi mami?", pregunta Enrique llorando una y otra vez.

Su madre no regresa nunca, y el destino de Enrique queda sellado.

BEVERLY HILLS

Lourdes ha contratado a un contrabandista o "coyote" para que la ayude a atravesar México en autobuses. Cierra los ojos y se imagina que está en su casa al atardecer, jugando con Enrique y con Belky bajo el eucalipto del patio delantero. Le brotan las lágrimas. Se recuerda que si flaquea, si no sigue adelante, sus hijos seguirán sufriendo.

Con la ayuda del contrabandista, Lourdes entra clandestinamente a los Estados Unidos en una de las oleadas de

inmigración más grandes de la historia del país. Pasa durante la noche por una cloaca infestada de ratas en Tijuana, México, y se dirige a Los Ángeles. Una vez allí, en la estación de autobuses Greyhound, el contrabandista le dice a Lourdes que lo espere mientras hace un mandado rápido. Ya volverá. Ella le ha pagado para que la lleve hasta Miami.

Pasan tres días. El contrabandista no regresa. Lourdes se revuelve el pelo roñoso intentando confundirse con los pordioseros para no llamar la atención de la policía. Ruega a Dios que le mande a alguien que le muestre el camino. ¿A quién le puede pedir ayuda? Famélica, se echa a andar. En el este de Los Ángeles ve una pequeña fábrica. En la plataforma de carga, bajo un techo gris de hojalata, hay mujeres separando tomates verdes y rojos. Lourdes implora que le den trabajo. Mientras llena cajas con tomates Lourdes alucina que rebana un tomate jugoso y le echa sal.

Muy pronto, Lourdes consigue trabajo como niñera. Se va a vivir con una pareja de Beverly Hills para cuidar de una niña de tres años. La casa es espaciosa, con alfombras y paneles de caoba en las paredes. Sus patrones son bondadosos. Quizá, piensa Lourdes, si se queda el tiempo suficiente ellos la ayudarán a conseguir papeles.

Todas las mañanas, cuando los patrones salen a trabajar, la niña llora por su madre. Lourdes le da el desayuno pensando en Enrique y en Belky. Se pregunta: ¿Acaso mis hijos llorarán así? Estoy dando de comer a esta niña en lugar de alimentar a mis propios hijos. La pequeña, tan cercana en edad a Enrique, le recuerda constantemente a su hijo. Lourdes siente una

tristeza enorme. Muchas tardes no puede contener la congoja. Deja a la niña con un juguete y corre a la cocina. Allí, donde no la ven, rompe a llorar. No puede soportar estar con los hijos de otros cuando sus propios hijos están tan lejos. Decide que necesita buscar otro tipo de trabajo.

CONFUSIÓN

Hace dos años que Lourdes se ha ido. Enrique tiene siete años. Llegan cajas a Tegucigalpa. Están llenas de ropa, zapatos, coches de juguete, un muñeco de RoboCop, un televisor. Las cartas de Lourdes no son largas: apenas sabe escribir y eso la avergüenza. Le dice a Enrique que se porte bien y que estudie mucho. Su esperanza es que él se gradúe del colegio secundario, que haga carrera, quizá como ingeniero. Se imagina a su hijo trabajando con una camisa impecable y zapatos lustrados. Le dice que lo ama.

Enrique se aferra a su padre, Luis, que lo trata con cariño. El padre lo lleva a sus trabajos como albañil y deja que el niño lo ayude a mezclar la argamasa. Duerme con él, le trae ropa y manzanas. Viven con la abuela paterna de Enrique, María Marcos. Cada mes que pasa, Enrique extraña menos a su madre, pero no la olvida. "¿Cuándo viene por mí?", pregunta. "Pronto volverá a casa", le asegura su abuela. "No te preocupes. Regresará".

Pero su madre no regresa. El desconcierto de Enrique se torna en confusión y luego en enojo. Su desaparición es incomprensible para él.

Para el Día de la Madre, Enrique hace una tarjeta en forma de corazón en la escuela y se la da a María. En la tarjeta ha escrito: "Abuelita, te quiero mucho".

Pero ella no es su madre.

Enrique mira por sobre las colinas hacia su antiguo vecindario. Allí vive Belky con la familia de Lourdes. Enrique vive a seis millas de distancia. Echa de menos a su hermana. Se ven muy poco, pero cada uno reconoce el dolor del otro.

Para Belky, la desaparición de su madre es igual de dolorosa. Ella vive con su tía Rosa Amalia, una hermana de Lourdes.

"A veces me siento tan sola al despertar", le dice Belky a la tía Rosa Amalia. Belky es temperamental. A veces no habla con nadie. Cuando está de humor sombrío, su abuela advierte a los otros niños de la casa: "¡Pórtense bien que la marea anda brava!".

El Día de la Madre, Belky llora en silencio, sola en su habitación. Soporta con dificultad los festejos en la escuela. Luego se regaña. Debería agradecer que su madre se haya marchado. Sin el dinero que ella manda para libros y uniformes, Belky no podría siquiera asistir a la escuela. Recuerda todas las cosas que su madre envía al sur: zapatos deportivos Reebok, sandalias negras, el oso amarillo y el perrito rosa de peluche que están sobre su cama. Se desahoga con una amiga cuya madre también se ha ido a los Estados Unidos. Ambas conocen a otra niña cuya madre ha muerto de un paro cardíaco. Al menos, dicen, nuestras madres están vivas.

Rosa Amalia piensa que Belky y Enrique tienen profundos trastornos afectivos a causa de la separación. A su juicio, ambos

se debaten ante una pregunta sin respuesta: ¿Qué puedo valer yo si mi propia madre me ha dejado?

LA ABUELA MARÍA

El padre de Enrique tiene una novia nueva. Para ella, Enrique es una boca más para alimentar, un malgasto de dinero. Una mañana, la mujer derrama chocolate caliente sobre Enrique y lo quema. Luis la echa de la casa.

Pero la separación es breve.

"Mamá, sólo puedo pensar en esta mujer", le dice Luis a la abuela María.

El padre de Enrique se baña, se viste, se pone agua de colonia y se va con su novia. Arregla para irse a vivir con ella dejando a Enrique con la abuela María. Cuando Luis se va, Enrique lo persigue. Le ruega a su padre que lo lleve con él. Pero Luis se rehúsa. Le dice a Enrique que regrese a casa.

El padre forma una nueva familia. Enrique lo ve poco, casi siempre por casualidad. Con el correr del tiempo, su amor se vuelve odio. "No nos quiere. Quiere a los hijos que tiene con su esposa", le dice a Belky. "Yo no tengo padre".

El padre se da cuenta. "Me mira como si no fuera mi hijo, como si quisiera estrangularme", le comenta a la abuela. Luis llega a la conclusión de que casi toda la culpa es de Lourdes. "Ella prometió regresar".

Enrique y su abuela María viven en una choza diminuta de treinta pies por lado en Carrizal, uno de los barrios más pobres de Tegucigalpa. La abuela María construyó la choza ella misma

con tablones de madera. La luz se cuela por las rendijas. La choza tiene cuatro habitaciones, tres de ellas sin electricidad. No hay agua corriente. El techo de hojalata emparchada tiene canaletas para la lluvia que desaguan en dos barriles. Un hilo turbio y blancuzco de aguas residuales pasa por delante del portón de entrada. La letrina es un hoyo de cemento que hay afuera. Al lado hay baldes para bañarse. Dos o tres veces por semana, Enrique acarrea desde el pie de la colina hasta su casa dos baldes llenos de agua potable, uno en cada hombro.

La abuela María cocina plátanos, fideos y huevos frescos para la cena. Cada tanto, mata un pollo y lo guisa para Enrique. A cambio, Enrique le frota la espalda con medicina cuando ella está enferma y le trae agua a la cama.

Por lo general, Lourdes le envía a Enrique 50 dólares por mes. Si el mes fue bueno, puede llegar a enviar hasta 100 dólares. Si el mes fue malo, no manda nada. El dinero alcanza para comida pero no para útiles escolares y ropa, que son caros en Honduras. Nunca hay suficiente para un regalo de cumpleaños. Pero la abuela María abraza a Enrique con alegría y le dice: ¡Feliz cumpleaños!

❖ ❖ ❖

A Enrique le gusta mucho trepar al árbol de guayabas de su abuela, pero ya no hay tiempo para juegos. A los diez años, Enrique ya tiene edad para trabajar. "Tu madre no puede mandarnos suficiente dinero, así que los dos tenemos que trabajar", dice la abuela María.

En una piedra gastada allí cerca, la abuela María lava la ropa usada que vende de puerta en puerta.

Después de clases, Enrique sale con un balde colgado del brazo a vender tamales y bolsitas de zumo de frutas. "¡Tamarindo! ¡Piña!", pregona.

En una estación de servicio cercana, Enrique se abre paso entre los vendedores de mangos y aguacates para ofrecer copitas con fruta cortada a los transeúntes. Va solo en autobús a un mercado al aire libre. Allí, llena bolsitas con nuez moscada, curry, páprika y luego las sella con cera caliente. "¿Va a querer especias?", pregona. Como no tiene licencia de vendedor ambulante, está siempre en movimiento, refugiándose entre los carromatos repletos de papayas por si la policía anda cerca.

En la acera hay niños más pequeños, de cinco o seis años, que acometen a los transeúntes con puñados de chiles y tomates. A cambio de una propina, otros niños se ofrecen a cargar las compras de fruta y verdura de un puesto a otro en rústicas carretillas de madera. "¿Le ayudo?", les preguntan a los que van a comprar.

Entre venta y venta, algunos de los jovenzuelos que trabajan en el mercado aspiran pegamento.

Enrique anhela oír la voz de Lourdes. El único pariente que tiene teléfono es una prima de su mamá. Como Enrique vive al otro lado de la ciudad, pocas veces tiene la suerte de estar allí cuando Lourdes llama. Lourdes llama poco. Hubo un año en que no llamó ni una vez.

Mejor enviar dinero que malgastarlo en llamadas telefónicas, responde Lourdes. Pero hay otro motivo para no llamar:

su vida en los Estados Unidos no se parece en nada a las imágenes que había visto por televisión en Honduras. La avergüenza revelar las privaciones que sufre.

Lourdes duerme en el piso de un dormitorio que comparte con otras tres mujeres. Santos, su novio de Honduras, se reúne con ella. Santos es albañil. Vivir juntos es más barato que pagar la renta ella sola. Lourdes calcula que, viviendo con Santos, en dos años podrá ahorrar lo suficiente para traer a sus hijos. Si no, se volverá a Honduras con lo que haya ahorrado para construirse una casita y una tienda de comestibles en una esquina.

Lourdes queda embarazada sin quererlo. Pasa un embarazo difícil trabajando todo el día en una helada planta frigorífica de pescado, donde su tarea es pesar y empacar salmón y bagre. A las cinco de la madrugada de una mañana de verano, Lourdes rompe bolsa. Se le dispara la temperatura a 105 grados Fahrenheit. Delira.

"¡Que venga mi madre! ¡Que venga mi madre!", gime Lourdes en la cama de un hospital.

Le cuesta respirar. Una enfermera le coloca una máscara de oxígeno.

Lourdes da a luz a una niña, Diana.

Santos no aparece por el hospital. No contesta el teléfono del apartamento. Se ha ido a un bar a emborracharse.

Lourdes se va del hospital sola, vistiendo solamente una bata desechable de papel azul. Ni siquiera tiene una muda de ropa interior. Se sienta a sollozar en la cocina de su apartamento, anhelando estar con sus hijos en Honduras, con su

madre, su hermana, cualquier persona conocida. Siente una añoranza insoportable.

Lourdes se lastima trabajando en el frigorífico y la despiden. El dinero no alcanza.

Santos bebe cada vez más. No la ayuda con la bebé. Últimamente se pone celoso y violento cuando está borracho.

"No voy a aguantar esto", piensa Lourdes. Las peleas se agravan.

Santos va de visita a Honduras. Promete invertir allí el poco dinero que han ahorrado.

En lugar de eso, se gasta el dinero en una larga borrachera con una quinceañera del brazo. No vuelve a llamar a Lourdes. Unos amigos en común le cuentan a Lourdes que, poco tiempo después de haber regresado a California, Santos y otros trabajadores latinoamericanos cayeron en una redada de agentes de inmigración estadounidenses. Santos ha sido deportado a Honduras pero está decidido a volver a los Estados Unidos. Nunca llega. Ni su madre en Honduras sabe qué le ha pasado. Tiempo después, Lourdes llega a la conclusión de que ha muerto en México o se ha ahogado en el río Grande.

Lourdes no puede pagar ella sola el alquiler y las cuotas del automóvil. Se muda con Diana, que ya tiene dos años de edad, a un garaje que ha sido transformado en "apartamento". No hay cocina. Madre e hija comparten un colchón tendido sobre el piso de cemento. El techo gotea, el garaje se inunda y las babosas trepan por el borde del colchón. Lourdes no siempre tiene dinero para leche y pañales, ni para llevar a su hija al médico cuando se enferma. A veces viven de la

beneficencia pública, que paga atención médica y alimentos a los indigentes.

En el barrio hay tiroteos. Un pequeño parque cerca del garaje es lugar de reunión para pandilleros. Cuando Lourdes regresa a casa a medianoche, se le acercan para pedirle dinero. Ella les da tres dólares, a veces cinco, para que la dejen en paz. Si ella muere, ¿qué será de sus hijos?

Desempleada y sin posibilidad de enviar dinero a sus hijos que están en Honduras, Lourdes acepta el único empleo disponible: "fichera" en un bar de Long Beach llamado El Mar Azul Bar #1. El trabajo de fichera consiste en sentarse junto a la barra, conversar con los parroquianos y animarlos a que sigan comprando tragos escandalosamente caros. El primer día siente una vergüenza espantosa. Se imagina a sus hermanos sentados junto a la barra, juzgándola. ¿Y si alguien la reconoce en el bar y se entera su madre? Lourdes se sienta en la esquina más oscura del bar y llora. ¿Qué hago aquí?, se pregunta. ¿Esto va a ser mi vida?

Durante nueve meses, pasa noche tras noche escuchando pacientemente a los borrachos hablar de sus problemas, de cómo echan de menos a las esposas e hijos que han dejado en México.

Una amiga la ayuda a conseguir otros empleos: de día limpia casas particulares y oficinas, de noche vende gasolina y cigarrillos en una estación de servicio. Lourdes deja a Diana en la escuela a las siete de la mañana, limpia todo el día, la recoge a las cinco de la tarde y la deja con una niñera para volver a trabajar hasta las dos de la madrugada. Luego de eso pasa

a buscar a Diana y se desploma sobre la cama. Tiene cuatro horas para dormir.

Algunos de los dueños de casa para quienes trabaja son bondadosos. Una mujer de Redondo Beach siempre le cocina un almuerzo y se lo deja sobre la estufa de la cocina. Otra mujer le dice: "Come lo que quieras, allí está el refrigerador".

Lourdes les dice a ambas: "Que Dios la bendiga".

Otros parecen deleitarse humillándola. Una mujer rica le exige que friegue de rodillas los pisos de la cocina y la sala en lugar de usar el trapeador. Los líquidos de limpieza le despellejan las rodillas, que a veces sangran. El trabajo también agrava su artritis. Algunos días camina como una anciana.

La mujer nunca le ofrece ni un vaso de agua.

No obstante, hay meses buenos en los que puede ganar 1.000 o 1.200 dólares limpiando casas y oficinas. Lourdes toma otros empleos, como el de la fábrica de caramelos que pagaba 2,25 dólares la hora. Además del dinero que le manda a Enrique, Lourdes también envía dinero cada mes para su mamá y para Belky, 50 dólares para cada una.

Cuando puede girar dinero se siente feliz. Lo que más teme es no poder mandar dinero cuando falta trabajo. Así no tiene sentido que esté en los Estados Unidos, tan lejos de su casa.

Para sus hijos, el dinero que gira Lourdes no compensa su ausencia. Belky está furiosa con la noticia de la nueva bebita, Diana. Teme que su madre pierda interés en ella y Enrique ahora que tiene otra hija. Además, por cuidar de Diana, Lourdes gastará el dinero que debería ahorrar para reunirse con ellos en Honduras.

Para Enrique, la tensión se agrava con cada llamada telefónica. Las conversaciones son breves y tirantes.

"¿Cuándo regresa usted a casa?", pregunta Enrique. Lourdes evita responder directamente y sólo le dice que muy pronto estarán juntos otra vez.

Por primera vez, Enrique tiene una idea: Si ella no viene, pues entonces quizá él pueda ir a ella. Ni él ni su madre se dan cuenta aún, pero la semilla de esa idea echará raíz. De allí en más, cada vez que Enrique habla con Lourdes se despide diciéndole: "Quiero estar con usted".

"Volvé a casa", le ruega a Lourdes su propia madre. "Aunque sólo sean frijoles, aquí siempre tenés comida". A Lourdes, el orgullo le impide regresar. ¿Cómo puede justificar haber dejado a sus niños si regresa con las manos vacías?

Lourdes se propone obtener la residencia en los Estados Unidos para enviar por sus niños de manera legal. En total, gasta 3.850 dólares para contratar los servicios de tres gestores de inmigración que prometen ayudarla. Pero los gestores no cumplen, o son estafadores que le roban el dinero.

Lourdes se castiga por no haber aceptado salir con un estadounidense que la invitó hace mucho tiempo. Podría haberse casado con él, quizá ahora sus hijos estarían con ella . . .

Lourdes considera seriamente contratar a un contrabandista para que traiga a los niños, pero la asusta el peligro. Los "coyotes" suelen ser alcohólicos o drogadictos. No puede imaginarse confiar a Enrique y Belky a las manos de un extraño. Su propio contrabandista la abandonó.

Constantemente ocurren cosas que le recuerdan el riesgo

del viaje. Una de sus mejores amigas en Los Ángeles paga a un contrabandista para que traiga a su hermana de El Salvador. Durante la travesía, la hermana llama con regularidad para tenerlos al tanto de su avance por México. Las llamadas cesan abruptamente.

Dos meses más tarde, la amiga de Lourdes se pone en contacto con un hombre que viajaba al norte con ese mismo grupo. El bote para cruzar a México iba sobrecargado. La embarcación se dio vuelta. Todos se ahogaron menos cuatro. Algunos cuerpos fueron arrastrados por el mar. A otros, entre los que estaba la hermana desaparecida, los enterraron en la playa. Cuando exhuman el cadáver de la muchacha en una playa mexicana, todavía lleva puesto su anillo de graduación de la escuela secundaria.

Otra amiga entra en pánico cuando la Patrulla Fronteriza atrapa a su hijo de tres años durante el cruce a los Estados Unidos con un contrabandista. Por una semana, la amiga de Lourdes no sabe qué ha sido de su niño.

A Lourdes, lo que la toca más de cerca es la desaparición de su ex novio, Santos.

¿Estoy dispuesta a arriesgar sus vidas para tenerlos conmigo?, se pregunta Lourdes. Además, no quiere que ni Belky ni Enrique vengan a California. Hay demasiadas pandillas, drogas y delincuencia.

Más allá de los peligros, Lourdes no tiene dinero para pagarle a un contrabandista. El coyote más barato cobra 3.000 dólares por niño. Un coyote de primera trae al niño en avión por 10.000 dólares. Lourdes debe ahorrar lo suficiente como

para traer a sus dos hijos al mismo tiempo. Si no, el que quede en Honduras pensará que ella lo ama menos.

Enrique se desespera. Va a tener que arreglárselas solo. Irá en su busca. Viajará de polizonte en los techos de los trenes; ha oído que eso hacen muchos que migran hacia los Estados Unidos. "Quiero ir", le dice a su madre.

"Ni de broma", contesta ella. "Es demasiado peligroso. Tené paciencia".